Año 1948 16 julio ABC

Carta abierta a lady Cheveley

NO tenía, lady Cheveley, por qué agradecer mis rosas. Es verdad, eso sí, que se las busqué en persona, con un deseo muy hondo de que le fueran gratas. Varias se me ofrecieron en candidatura. Yo, después de aquilatar mucho su frescor, su colorido y su fragancia, elegí en una tienda de la vecindad del Claridge, ésas, cuya aparición ayer mañana en su gabinete, le ha conmovido tanto. Su perfume tenía, sin duda, un valor bajo el plomizo cielo londinense; sus pétalos eran de un terciopelo británico, su cáliz brillaba con un verde inédito en ese país donde los matices de ese color son infinitos. Pero el ramo, lady Cheveley, era elemental, aunque su gratitud me lo pondere, arrobada, y no iba encaminado sino a reiterarle mi reconocimiento por su ciceronaje del día anterior, a través de las calles de Stradford, y por la solicitud y la minuciosidad con que quiso que lo viera todo: la pila bautismal de Shakespeare, en Holy Trinity Church; la casa que habitara su esposa, la que él comprara más tarde; las ruinas de aquella en que muriera, los recuerdos de los actores famosos que incorporaron sus personajes fundamentales y, al fin, la modesta tumba del genio, cuyo epitafio bendice a los que respeten sus cenizas y condena a los que las dispersen y profanen.

—Cuando yo vaya a España—me dijo usted con una perfecta armonía de entonación y de ademanes—, haremos juntos el mismo peregrinaje en honor de Cervantes.

Recordará usted, lady Cheveley, que yo sonreí de un modo impreciso y hasta extraño. Recordará, tal vez, que yo estuve como melancólico a lo largo de nuestro recorrido. Confesaré ahora que, desde que vi Stradford entero vocado al honor y al tributo de Shakespeare, un ceño de envidia se me marcó en el rostro. Ibamos entrando desde la carretera al pueblo, entre la hospedería Shakespeare, el restaurante Shakespeare, la calle Shakespeare, la estatua de Shakespeare y el garaje Shakespeare, y yo notaba ya afluir a mi espíritu una insobornable envidia de español. El río, corría con una mate coloración de cinc, entre sus márgenes cultivados. En su lomo llevaba unas lanchas bucólicas de enamoradas parejas, y reverenciosamente, en una curva llena de elegancia, se abría para cobijar al Memorial Theater, donde aquella noche se representaba "Cuento de invierno". De grandes autobuses, innúmeros viajeros descendían con sus máquinas fotográficas al brazo y se repartían a diestro y siniestro: quiénes, para reservar sus entradas en la taquilla, quiénes a los Museos. Todo tenía un aire de fiesta y, sin embargo, aquél era en Stradford un día exactamente como los demás días de verano en el que nada excepcional pasaba. Por que todo lo excepcional que tenía que haberle acontecido a Stradford, le aconteciera ya una mañana de 1563, en la que, sobre el venerable libro registro parroquial, que aun se conserva, una mano pusiera esta inscripción sencilla: "Willian, son of John Shakespeare." Y los millares de turistas que, casi cuatro siglos después, deambulaban por Stradford, no eran sino romeros de una misma devoción al mágico poeta, cuyo fin, otra pluma, en el mismo libro registro, consignara el 23 de abril de 1616—cincuenta y un años más tarde—, con esta indicación sobria: "Shakespeare, Gent."

Es curioso que usted, lady Cheveley, me hablara de Cervantes cuando nos despedimos. Porque yo no hice otra cosa que pensar en él ininterrumpidamente. ¿Me permitirá decirle hoy, sin que con ello hiera ninguna de sus fibras patrióticas, que yo creo en la primacía de Cervantes sobre Shakespeare? ¿Me permitirá que le diga que, a mi juicio, nadie en la literatura universal creó dos figuras de la magnitud y la grandeza de Don Quijote y Sancho? ¿Me permitirá que le diga, sin ambages ni rodeos, que ni Hamlet ni Macbeth ni el Rey Lear tienen la talla humana y representativa de aquellos dos seres? Podré, quizá, equivocarme en mis valoraciones y desacertar, pero así lo pienso a la vez que muchos doctos de las Academias a cuyos gustos se aconsonantan los míos y cuyos ditiritambos suscribo...

Pues bien, lady Cheveley: de Cervantes nos quedan unas cuantas imprecisas huellas, solamente. Ahora bien: no su cuerpo. Al convento de las Trinitarias acostumbramos llamarle "su tumba difusa", porque entre sus muros seguramente está. Pero el lugar geométrico y preciso en que moren sus huesos, lo desconocemos. ¡Ah!, no crea usted que sólo sus restos venerables son los que nuestra despreocupación ha aventado. No. Son; también otros muchos. Fray Félix Lope de Vega Carpio dormía su último sueño en la iglesia de San Sebastián. Alguien acordó llevar a cabo una monda en sus nichos. Una monda... Qué macabra y qué española palabra es ésa... Se hizo la monda. Y nadie veló por que se exceptuaran de ella las cenizas del más grande coloso de fecundidad y de poesía que han conocido los siglos. Porque Lope de Vega, lady Cheveley,—¡ay, por Dios, no se me muestre herida!—, jamás tuvo parigual en lengua inglesa. Don Pedro Calderón de la Barca distaba mucho de ser un ente despreciable. Cualquier Historia de cualquier país festejaría con ceremoniosos lauros, coloso parecido. Lea lo que reza esta lápida de la iglesia de los Dolores en la madrileña calle de San Bernardo. "Calderón de la Barca. Capellán Mayor de la Congregación de San Pedro Apóstol. Año 1666. Sus restos mortales, depositados en esta iglesia, desaparecieron en el incendio y saqueo del año 1936."

Ah, lady Cheveley... Grande es Castilla, solemos decir, que hace grandes a sus hombres y los gasta... Dura es Castilla, añadir pudiéramos, que tan poco los honra y tan prestamente los desentierra... Si conservamos el polvo de nuestros grandes Reyes, es porque ellos se anticiparon a la nacional incuria y se buscaron cobijo en la parrilla escurialense. Cierto panteón, olvidado y frío, cumple, en lo civil, función análoga para determinadas memorias ilustres. Alguna Catedral guarda Condestables en olor de alabastro... Y eso es todo. ¿Disculpa usted, ahora, la envidia apenada que me produjo Stradford?

Sepa ya, lady Cheveley, cuál era su por qué. Yo iba soñando para mi Patria, mientras usted se envanecía, con justicia, de aquel preciado galardón de la suya, una Alcalá conmovida, turbada, aun hoy, por el honor que la Providencia generosa le deparara, de ser cuna del Fénix de los Ingenios; yo me imaginaba un teatro Lope de Vega en el que una compañía experta, bajo una dirección sensible, repasara, del millar de títulos que aquel pasmo de las letras escribiera, unos cuantos al año, los más significativos cuando menos... E imaginaba, del mismo modo, caravanas de gente dispares, de procedencias múltiples, arribando incansables a esos laicos santuarios...

Si le mandé un ramo de rosas, lady Cheveley, no fué tan sólo por expresarle mi admiración hacia su belleza y sus bondades. Fué también para que me excusara ante usted si un día cumple sus propósitos y viene a España, de no tener un Stradford que enseñarle. Esto aparte, señora, la jornada fué maravillosa. Anochecía ya cuando hubimos de darla por concluída. Era la hora en que empezaba el teatro que en 1932 inauguraba el Príncipe de Gales.

—¿Le ha gustado Stradford?—me preguntó usted casi musicalmente.

—Sí—le repuse tras una pausa—. Y me quedé admirándola, lady Cheveley. La había admirado desde que la conociera. Su óvalo, sus rubios cabellos, su talle gentilísimo... Pero entonces admiré en usted algo diferente: el saberla parte de un pueblo que, con tan religioso fervor, prestaba acatamiento a la memoria de sus grandes hombres.

Fué justo en ese instante, cuando pensé en rendirle el tributo de mi devoción con aquellas rosas y con estas líneas, lady Cheveley...

Joaquín CALVO-SOTELO